

cha un acto que le honró y enalteció á los ojos de los buenos españoles de toda la Nación.

Véase, para proceder nosotros con mayor imparcialidad, cómo lo comunicaron á *La Correspondencia de España*, desde Zaragoza.

«Recientemente llegó á la Alcaldía de esta ciudad un oficio procedente de la Diputación provincial de Barcelona.

»Iba encaminado á que la Corporación zaragozana contribuyese con alguna cantidad á la erección del monumento que se dedicará á mosén Jacinto Verdaguer.

»Aparecía el oficio redactado en catalán.

»Y el Alcalde de Zaragoza ha contestado oficialmente en este sentido:

«No entiendo más documentos que los escritos en castellano. Somos españoles.»

»Este rasgo del Alcalde ha sido favorablemente comentado por la población.»

El alcalde, D. César Ballarín, recibió muchas felicitaciones de toda España, y á la que tuvo el honor de dirigirle el autor de este libro, se dignó contestar con la hermosísima carta siguiente, con cuya publicación nos honramos, por creerla un documento digno de la Historia, por la nobleza de corazón y el acendrado patriotismo que revela.

Dice así:

«El Alcalde de Zaragoza.

»*Sr. D. Fernando Soldevilla, Diputado á Cortes por Lugo.*

»Muy señor mío y amigo distinguidísimo: Usted me honra de modo excesivo, muy superior á mis merecimientos.

»Al obrar como lo hice, me conduje como lo hubiera hecho V., como debe hacerlo todo buen español, que en caso alguno ni en ocasión de cualquier género puede consentir, callado, algo que afecte directa ó encubiertamente, á la integridad de nuestra Nación amadísima. No fui yo, personalmente, quien protestó de la audacia

de quien oficialmente pretendía, con insensatez supina, menospreciar el lenguaje único nacional: protestó el sentimiento patrio herido, lastimado, que en nuestro corazón tiene culto de adoración merecida. No hice más que interpretar lo que todos nuestros compatriotas sienten. Por eso, la felicitación es para todos cuantos estamos dispuestos á oponernos á insanas tendencias de perturbados.

»Celebro muy de veras que con el actual motivo haya yo adquirido, honradísimo, la amistad de V., á la que con la mía muy sincera correspondo orgulloso.

»Diciendo con V. ¡viva España! se despidió su más afectísimo amigo s. s., *César Ballarín*.—26 XII-912.»

DIA 22.—La campaña de «La Epoca».—Proseguía el órgano de los conservadores su campaña exigiendo el Poder. En esta fecha, en un artículo titulado «Lo dicho dicho está», decía lo siguiente:

«Hemos dicho cuanto debíamos decir, cuanto era preciso que dijéramos, cuanto nos obligaban á decir nuestro patriotismo y nuestros sentimientos de incondicional adhesión á la Monarquía; y lo hemos dicho, interpretando el pensamiento de los conservadores de toda España, profundamente alarmados ante los corruptores efectos de una política, cual la que hace tres años impera en las regiones gubernamentales; política que no tiene otro objetivo que el de lograr la benevolencia de los revolucionarios, á costa de consentir que éstos vayan haciendo diariamente su labor, infiltrando en todas partes el veneno de la rebeldía y consiguiendo por los tortuosos caminos del favor oficial lo que no han podido conseguir, lo que no conseguirán jamás, luchando cara á cara, á pecho descubierto, ni dentro ni fuera de la ley.»

DIA 23.—El Tratado franco-español.—Aprobación en el Senado.—Discurso de Labra.—Habló para alusiones el Sr. Labra, anunciando que no era su propósito poner obstáculos á la acción del Gobierno, sino fijar su opinión en el asunto.

Terminó diciendo que los Gobiernos por sí solos nada

pueden, nada significan; necesitan el concurso de todos y especialmente de la opinión pública, que por patriotismo debe prestarse; y que por su parte, aun cuando no votaría el Tratado, reconocía que era preciso apoyarlo.

Discurso de Maestro.—El Sr. Maestro, en nombre de la Comisión, contestó al Sr. Labra, hablando de los discursos pronunciados en el Congreso; del Acta de Algeciras; del régimen de libertad comercial en Marruecos; del derecho marroquí; de los antecedentes étnicos é históricos del pueblo marroquí en relación con el español.

Aseguró que desde 1845 tiene Francia puesta su atención en Marruecos, y por eso todas las fases por que han pasado estos asuntos no han sido más que etapas de una política que al mismo fin convergía.

No creyó necesario especificar los extremos del Tratado que no se refieren á una orientación, sino que son únicamente resolución de problemas económicos ó financieros, puesto que el Sr. Labra no se había referido á los detalles de la negociación, en sus siempre sabias consideraciones, sino á esa intervención de España en Africa, que pugna con las ideas que el respetable americano ha sustentado toda la vida.

El Sr. Labra rectificó brevemente.

Discurso de Sánchez Román.—El Sr. Sánchez Román dijo que su situación era difícil, porque no había de votar en contra; pero, en conciencia, no estaba conforme con el Tratado.

Defendió su gestión en el Ministerio de Estado al preparar la Conferencia de Algeciras, y reconociendo la buena voluntad y el patriotismo del Gobierno, y especialmente del Ministro de Estado, creía que las circunstancias habían impedido mantener puntos de vista de anteriores Tratados, más ventajosos que el actual.

Momentáneamente se suspendió el debate, para que el Presidente de la Comisión de Presupuestos hiciera una manifestación importante.

El Sr. Sánchez de Toca rectificó brevemente algunos

de los conceptos expuestos por el Sr. Sánchez Román, quien rectificó á su vez.

Se acordó prorrogar la sesión hasta que se terminase este debate, y se aprobaron los asuntos urgentes.

Discurso de Groizard.—En nombre de la Comisión contestó su presidente, Sr. Groizard, que defendió con gran elocuencia el Tratado.

Comenzó por decir que se proponía demostrar cómo los negociadores de este Tratado procedieron con el mayor patriotismo.

Lamentó que sus muchos años no le permitieran intervenir en él en la forma que desearía en un debate de tanta altura, que señalaba una nueva era en la vida pública española.

En elocuentes párrafos expuso la orientación que en política exterior se iniciaba, y de cuya orientación esperaba días de gloria para España, que compensasen de las amarguras pasadas.

Recogiendo observaciones de los oradores que habían impugnado el Tratado, citó detalles como la expresión de la obligación de España de velar por la tranquilidad de su zona, que con significar la obligación de mantener el orden público, es mucho más amplio y de más fácil aplicación.

Discurso de García Prieto.—Resumió el Ministro de Estado, en un elocuente discurso, dijo que después de los discursos pronunciados en ambas Cámaras, sería inoportuno que él se extendiese en largas consideraciones.

Oído con extraordinaria atención por la Cámara, que presentaba animación inusitada, rebatió metódicamente los argumentos de los oradores que habían intervenido en el debate combatiendo el Tratado, y enumerando las circunstancias en que, consecuencias del convenio de 1904, había venido á negociarse el que se discutía, teniendo en cuenta los extremos forzosos sobre que había de tratarse, respetando la integridad y autoridad del Sultán, recabando la libertad en la zona española.

Se mostró conforme con el Sr. Allendesalazar en la tendencia á mantener el Tratado de 1904.

Habló de lo dicho por el Sr. Parrés, que al mismo tiempo que se declaraba contrario á la intervención en Marruecos no quería que se abandonase á Ceuta ni á Melilla, y si esto debía conservarse, era preciso el Tratado.

«Tengo la seguridad—dijo—de que si el Sr. Parrés hubiera visto que los territorios que rodean á nuestras plazas están en manos de extranjeros, habría obrado lo mismo que yo.»

Dirigiéndose al Sr. Polo, afirmó que no existía el temor de la competencia agrícola á que aludía, pues el Gobierno se preocuparía de tomar las medidas convenientes para evitarlo.

Justificó la intervención del Embajador inglés en las conversaciones sobre el Tratado, fundándose en el Tratado de 1904, en que estaban interesadas España, Inglaterra y Francia.

«En cuanto á que no pueda derogarse el pacto de Algeciras sin la aquiescencia de las doce Potencias signatarias—dijo—, el Sr. Sánchez Román discurre como jurisconsulto; en justicia, eso debe ser; pero en la práctica es otra cosa.

»En nuestro caso no había más que ó abandonar los asuntos de Marruecos ó tratar.

»Todas las Potencias se desentendieron de los asuntos de Marruecos en favor de Francia, y ésta en el Tratado sigue reconociendo la autoridad de España en la zona convenida.

»En cuanto á las atribuciones del Jalifa, éste tiene todas las facultades que en él ha delegado el Sultán.

»España no podía ir por ahí públicamente ofreciendo una alianza.

»Para el planteamiento inmediato del protectorado nosotros vamos derechamente á la creación de las fuerzas indígenas, pues el Gobierno desea limitar lo más posible el contingente de tropas nacionales.»

Habló también de la creación de un Banco, y creía que con una política prudente, compaginando la acción militar con la social y de enseñanza, nos permitirá cumplir fielmente nuestra misión en Africa.

El discurso del Ministro, muy elocuente, muy discreto y hábil, fué recibido, al terminar, con una ovación general, felicitándole todos los Senadores.

Se aprobó el dictamen, y después de aprobar otros menos importantes y de dar lectura al dictamen de Mancomunidades, el Presidente del Consejo, de uniforme, subió á la tribuna y leyó el decreto suspendiendo las sesiones en la presente legislatura.

Se levantó la sesión á las diez de la noche.

El dictamen de Mancomunidades.—El presidente del Consejo, Sr. Conde de Romanones, que se había visto asediado por los defensores del proyecto de Mancomunidades, para que se leyese y aprobase el dictamen senatorial, tuvo la habilidad de ir dando largas al asunto, á fin de evitar el conflicto que pudiera crearle la actitud del Sr. Montero Ríos, el cual, hasta la fecha, venía sosteniendo su intención de no ser Presidente del Senado cuando dicho dictamen se leyera.

Por esta razón, aguardó al último momento de la última sesión de la Cámara para disponer que se leyese, y así se verificó, pues momentos antes de levantarse la sesión fué leído el dictamen.

La gente política creyó que había dimitido el señor Montero Ríos; pero no sucedió así, lo cual se explicaban los bien enterados por las modificaciones que se habían introducido en el proyecto, y porque suponían que éste no se discutiría.

Clausura de las Cortes.—Terminada una notable interpelación del Sr. Amado sobre recompensas militares, y la contestación, muy vehemente, del Sr. Ministro de la Guerra, y aprobados varios asuntos, el señor Conde de Ramanones, de uniforme, subió á la tribuna y leyó el decreto de suspensión de sesiones en la presente legislatura.

Se levantó la sesión con un amable gesto de despedida del Sr. Moret.

—¡Muchas gracias, señores!—dijo el Presidente, al mismo tiempo que hacía con la mano un signo, como el que precede al *ite, Misa est*, que algunos interpretaron como un adiós para siempre.

La situación política al cerrarse las Cortes.

La situación de la política al terminar las sesiones de las Cámaras era bastante complicada.

Al leerse en el Congreso el decreto suspendiendo las sesiones, circuló en seguida la noticia de que la misma noche iría á Palacio el Conde de Romanones para plantear la crisis, la cual habría de resolverse en todo el día siguiente. La impresión de los que propalaban tal noticia era que se ratificaría la confianza al Sr. Conde de Romanones, y que éste haría un Gobierno de concentración.

No obstante la negativa rotunda del Conde, quien dijo que á la letra de la crisis no le ponía él música de las zambombas, continuaron algunos insistiendo en ello.

«¿A quién se le puede ocurrir—decía el Conde de Romanones—que se planteará la crisis hoy, cuando á las diez menos cuarto ha terminado la aprobación del Tratado; ni mañana, que ha de sancionar el Rey multitud de leyes; ni, por último, en estos días de Pascua? No recuerdo que en tal época del año se haya planteado jamás una crisis.

»Que no se impacienten, que ya se planteará.»

La crisis, pues, sería llevada al Rey, ó á su regreso de la cacería de Mudela, ó pasadas las vacaciones.

El papel conservador bajó algunos enteros.

La incertidumbre, sin embargo, seguía reinando entre liberales y conservadores.

Los radicales.—La minoría radical se reunió en el Congreso, tomando los siguientes acuerdos:

«Que el Sr. Lerroux dirija un telegrama circular á

los Comités del partido en las provincias, excitándoles á que, en vista de los rumores que circulan respecto á que en el interregno parlamentario puedan subir al Poder los conservadores, cumplan con su deber.

»Celebrar dos mítines contra el advenimiento de los conservadores, uno en Barcelona, la noche del sábado próximo, y el otro en Zaragoza, el día siguiente.»

La actitud de Maura.—Seguía siendo una incógnita la actitud del jefe de los conservadores, pues ni ratificaba ni desautorizaba la campaña de *La Epoca* pidiendo el Poder.

Personas de la intimidad del Sr. Maura, le atribuyeron las siguientes manifestaciones, que los hechos confirmaron después:

«Yo no he pedido el Poder, ni pienso pedirlo más que en el caso de que, planteada la cuestión política, se celebren consultas y sea llamado á Palacio. Si este caso llega, pediré el Poder para el momento, con la advertencia de que más tarde no sé si podría aceptarlo.»

DIA 25.—El Rey á Mudela.—Desde el día anterior hasta el en que se resolvió la crisis, todo se volvió hablar de combinaciones, propósitos y opiniones diversas acerca de lo que había de suceder. Repetirlo á diario, sería derrochar tiempo y espacio inútilmente y aburrir á los lectores. Por eso lo omitimos.

Lo único digno de notarse en este día fué lo siguiente:

Por la tarde emprendió su viaje á Mudela, para cazar, S. M. el Rey.

Se acordó que el Sr. Conde de Romanones marchara el sábado siguiente á Mudela, acompañando al Monarca durante todo el día del domingo, para regresar con S. M. el lunes por la noche.

Había, pues, un compás de espera de algunos días, que indudablemente, había de favorecer mucho á los liberales.

DIA 27.—Prolegómenos de la crisis.—Continuaban ambos partidos de Gobierno luchando por el

Poder: el liberal, para retenerle; el conservador, para alcanzarle en la crisis que se avecinaba.

Los conservadores esparcían rumores (y los liberales también) de divisiones en el partido liberal, indicando que el Sr. Moret anhelaba formar Gobierno, y se atribuía al Sr. Maura la actitud de apoyar al Sr. Moret para que reconquistara, con la jefatura del Gobierno, la del partido liberal. El *Diario Universal* protestó contra esta especie, y el Conde de Romanones dijo:

«Bastante tiene que hacer el Sr. Maura en el partido conservador, para que se meta en casas ajenas. Yo no lo creo, porque conozco la rectitud del Sr. Maura y no le supongo capaz de realizar tal labor.

»El partido liberal es mayor de edad y sabe lo que debe hacer; además, cada partido tiene como jefe á la persona que estima merecedora de ese honor, sin intervenciones de fuera.»

Actitud de Moret.—Era un enigma la actitud del Sr. Moret, porque, en efecto, muchos creían que no seguiría en la Presidencia del Congreso y, por consiguiente, restando así su apoyo el Conde de Romanones, éste no podría formar Gobierno, y en este caso subirían al Poder los conservadores.

En esta fecha y para despejar la incógnita, el Presidente del Consejo visitó al del Congreso, Sr. Moret.

El resultado de la visita se ratificó en un almuerzo del día siguiente, al que asistieron los Sres. Moret y Romanones, los cuales no se ocultaban para decir:

—Entre nosotros reina un criterio unánime, el acuerdo es absoluto.

Este resultado, pues, fué satisfactorio.

El Sr. Conde de Romanones dijo:

«Estoy satisfecho de mi entrevista con el Sr. Moret, quien ahora, como siempre, responderá á su historia y á sus prestigios liberales.»

En efecto: el Sr. Moret, fuera por la causa que fuese, se prestó á ayudar al partido liberal y al Conde de Romanones desde la Presidencia del Congreso.

Esto cambió mucho la situación á favor de los liberales. El Conde de Romanones consultó con los Ministros en Consejo y con los ex Ministros particularmente, decidiendo plantear la crisis á la vuelta del Rey, que, como ya hemos indicado, estaba de caza.

Conferenció también el Conde de Romanones con el Sr. Montero Ríos, cuya actitud era todavía un misterio. El resultado de esta conferencia fué también satisfactorio para el partido liberal y para el Conde de Romanones.

DIA 28.—Inocentada del «A B C».—Entre las *inocentadas* que dieron en esta fecha algunos periódicos, figuraba de *A B C* una fotografía, en la cual aparecía el Conde de Romanones presidiendo la mesa de un banquete al que concurrían todos los Diputados de la minoría de Conjunción Republicano-socialista, incluso el señor Iglesias (D. Pablo).

Mucho se comentó esta fotografía.

El Presidente del Consejo, cuando recibió á los periodistas, manifestó textualmente lo siguiente:

«He visto la *inocentada* de hoy, y me ha producido grandísima satisfacción.

»Estos son todos los argumentos que pueden hacerse contra mí: son fotografías preparadas que no responden á la realidad.

»Yo reconozco que esa fotografía es todo un sistema de combate político. ¿Quién duda que haya sido ese mi deseo? Yo me honraría mucho con que vinieran á mi casa esos comensales.

»¡Que eso quiere decir que soy amigo de los republicanos! ¿Quién lo duda? Yo creo que se defiende mejor á la Monarquía teniéndolos por amigos que si los tuviera por adversarios.

»Lo que no es cierto es que, por defender esta teoría, abandone los deberes que he jurado cumplir y que tengo que cumplir por mi honor.»

Viaje de Romanones.—Según se había anunciado, á las ocho y veinte de la noche salió el Jefe del Go-